





**Reseña del texto: Manuel
Guerra de Luna (2009).
*Los Madero. La saga liberal.
Historia del siglo XIX.* México:
Tudor Producciones.**

*Ricardo León García*¹

¹ Universidad Autónoma de Ciudad Juárez-Departamento de Humanidades.
Profesor-investigador.
Correo de contacto: rleon@uacj.mx; mawyaka@hotmail.com

*Biografía en las fronteras de la historia*²

Pocas son las ocasiones en las que el lector mexicano puede tener acceso a un trabajo de historia regional de tantas profundidades, logradas a partir de un espectacular trabajo de recopilación documental. Digo profundidades porque Guerra de Luna pretende abarcar en su libro todo lo que logró recopilar en ocho años de hurgar, husmear, suponer y hallar información. ¿Qué hacer con tan descomunal cantidad de datos, nexos, redes, procesos, vidas y eventos? La discriminación de la información no es un asunto menor.

En *Los Madero* (2009), percibo falta de experiencia en el asunto de mantener un hilo conductor en el discurso. Lo anterior se refleja en la imposibilidad de evitar una tras otra digresión, tanto en el cuerpo principal del texto como en la inconmensurable cantidad de notas acomodadas al final de cada capítulo, por cierto, un grave error del diseño editorial que se dejó llevar por las modas mercadológicas de la industria editorial estadounidense.

Y hablando de modas, ¿acaso no están de moda los libros de más de 500 páginas? Ficción o no ficción, de acuerdo al mundo global de las editoriales, hoy el público lector parece buscar y preferir los textos de gran tamaño. La diferencia con la moda, es que este libro de Tudor Producciones, además de contar con más de 700 páginas impresas en China, posee una tipografía tan pequeña y tonalidades de color gris, que dificultan su lectura de manera ágil. El diseño se encuentra por encima de la comodidad del consumidor- lector (igual que su precio, inaccesible para la mayoría). Para concluir esta sección sobre el objeto libro, la camisa que cubre la encuadernación, impresa impecablemente a todo color sobre lujoso papel cuché, indudablemente provoca a la vista una atracción que, al menos, invita a tratar de averiguar el contenido de tan bello objeto.

² La obra de Manuel Guerra de Luna aquí reseñada resultó ganadora del premio banamex de Historia Regional Mexicana "Atanasio G. Saravia", versión 2008.

Escribir una biografía no es un asunto fácil, máxime cuando el biografiado tiene mucho tiempo desaparecido de esta vida.

La labor se hace más compleja al intentar biografiar en una sola obra a tres generaciones sucesivas de un mismo clan, a tres patriarcas diferentes. Para terminar de colocar el asunto en los niveles de la dificultad, el autor se involucra en las vidas de personajes nunca antes biografiados y cuya fama en la historia es tangencial y tan sólo como referencias obligadas para la cuarta generación de la cual casi no hace mención, y se agradece.

Por otra parte, la biografía como práctica de acercamiento a la historia es denostada por la historia académica y se le achacan rasgos de literatura como si fueran estos los peores pecados mortales en los que puede incurrir un autor. Redactar una biografía implica subjetividad, invita a la admiración del personaje biografiado por el biógrafo y se aleja, supuestamente, de la objetividad de la historia científica. Este-mos o no de acuerdo con lo anterior, la biografía seguirá siendo un género en el que se dé rienda suelta a la imaginación y se apliquen los conocimientos de la historia para seguir reflexionando el pasado.

Manuel Guerra intenta poner en el escenario de la historiografía nacional una serie de aspectos vitales para entender el siglo XIX mexicano. En primer lugar, la historia patria no puede entenderse solamente a partir de los sucesos y actores en y de la ciudad de México. Querámoslo o no, la nación mexicana existe mucho más allá de Cuauhtlán. Con este trabajo, Guerra de Luna pone en perspectiva lo que al menos a lo largo de las últimas cuatro décadas intentaron tantos historiadores, meter a las regiones en el discurso de la historia escrita desde la capital.

Como parte de esa puesta en escena de la historia del noreste mexicano, Guerra lleva de la mano al lector por los vericuetos que significaron los conflictos entre los proyectos de ocupación del mundo occidental y de los pueblos que originalmente poseían los territorios; por una precisa radiografía de la separación de Texas y cómo se vivía en el lugar de los hechos, a diferencia de las intrigas palaciegas y los reportes de los periódicos capitalinos con claros intereses a favor o en contra de los gobernantes en turno; por la definición siempre accidentada de los

proyectos económicos que tomarían una forma ejemplar con la asunción del régimen de Porfirio Díaz, más por su tiempo de cocción y trazo seguido hasta su culminación en coincidencia con el gobierno del posteriormente llamado dictador que debido a su benevolencia o magia para que se llevaran a cabo esas inversiones.

Este libro de Manuel Guerra presenta dos problemas fundamentales que, sin embargo, no merecen ser considerados para alejarse de su lectura, sino que bien valdría la pena tener en cuenta a la hora de tener el texto ante la vista.

Primeramente, la narrativa histórica de Guerra es muy pesada, se convierte en un verdadero viacrucis tratar de seguir el hilo conductor de la historia allí contada (por todas esas digresiones de las que hablaba yo al principio de este texto). Y, en segundo lugar, los comentarios que hace el autor sobre los procesos históricos que dibuja e interpreta tienen más que ver con una posición ideológica del neoliberalismo del siglo XXI que con un análisis complejo de la vida nortea del siglo XIX.

Para el historiador, los hallazgos del equipo que encabeza Manuel Guerra de Luna, son muy importantes y dado que los explica y describe de manera muy amplia, *Los Madero. La saga liberal* (2009) se convierte en una rica fuente de materiales transcritos para solaz de quienes se dedican a escarbar los temas tratados por el autor. La incapacidad para discriminar información y la necesidad de incluir todo lo encontrado en un solo volumen provoca ambas formas de considerar el libro: un exceso para el lector común y corriente y un oasis en el desierto de la investigación de la historia regional.

En lo que sí debe tener mucho cuidado el lector, lego o no, es en aceptar conceptos tan en boga y de moda en las aulas, en los medios de comunicación, en los discursos desde el poder político, económico y cultural. No es posible aceptar de entrada el traslado a épocas anteriores, muy diferentes a la nuestra, de conceptos (muy discutibles, por cierto) creados para entender realidades presentes y que, a final de cuentas promueven una visión de la historia como si cada concepto justificara la concepción de la eternidad de las relaciones sociales.

En suma, *Los Madero. La saga liberal* (2009) es un libro que debe leerse, consultarse, que toda biblioteca que se precie de estar completa debería tener. Como siempre, el manejo de lo que allí se consigna es responsabilidad únicamente del lector.

Ricardo León García

Vol. 20 • número 39 • 2011